

IV

Habían sonado las once en las cinco iglesias del pueblo. La última campanada de todas pareció prolongarse, alargarse, para llegar donde trajinaban los segadores.

Ninguno levantó la cabeza en actitud de recoger las vibraciones de aquella última campanada. Tampoco la habían levantado para escuchar las precedentes. ¿A qué fin?... Aquella hora no era la suya, no traía, con su postrer minuto, el descanso.

La atmósfera era incendio; un incendio sin llamas; un vaho quemante que de todas partes venía ahuyentando á los pájaros que, ocultos entre los árboles del inmediato bosquecillo, no se atrevían á piar. Ni una bestia se vislumbraba en la llanura. Los toros dormitaban bajo los matorrales; los insectos mismos habían dejado de zumbar, aletargados, amorrados por el implacable calor.

Los segadores trabajaban. El sudor brotaba á chorros de sus frentes; los hombres recogían aquel sudor con los dorsos de las izquierdas manos y lo despedían con fuerza, á lo lejos, contra los surcos. Diríase que sembraban la semilla de un fruto desco-

nocido que, andando los tiempos, había de parir la tierra. Las espaldas y los cogotes de aquellos hombres humeaban, como si los hombres ardieran. Era sudor evaporizado por el fuego solar. Relumbraban las hoces tal que armas de combate, templadas y afiladas en curva para cortar miembros á cercén. Ahora cortaban mieses.

Al caer éstas, las espigas se movían pausadamente, tristemente, como rubias cabecitas agónicas.

Cuatro chicuelos—doce años contaría el mayor—escoltaban á los segadores, recogiendo y anudando los haces.

—¿No cantas, Curro?—gritó Manuel, que hacía punta en la cuadrilla.

— ¡Cantar! ¡Sí cantar! — respondió el interpelado con voz ronca.— ¡Como no fuese *el gori* por quienes yo me sé!... Eso lo cantaré á gusto, manque el polvillo de la paja se me atravesara en el gañote y, á cuenta de aire, se me entraran por el pecho carbones encendíos.

— Pa tó habrá — dijo otro.

— Sus quejáis sin razón — añadió uno, que segaba junto á Manuel.— Verdá que se súa de firme; pero se cobra el jornal y se come. Pior son los inviernos, cuando se tiritá con los brazos cruzaos y las tripas más huecas que un silbato. ¡Si mos quejarámos entonces! Pero cualisquiera se queja. Mos harían entrar en calor á sablazos y mos darían á comer balas; tal como la otra vez. ¿Sus acordáis de la otra vez?...

Un estremecimiento sacude á los obreros, que se encorvan con mayor curvatura y mueven más depri-

sa las hoces. Se miran de través, con recelo, como si cada uno fuera enemigo de quien junto á él está; como si cada uno, de cada uno, temiese una delación ó un engaño.

Manuel, que ha enderezado el cuerpo para verles y oírles, suspira desalentadamente y se encorva como ellos.

La tarea sigue sin otra voz que la de los roncocalentares, sin otro acompañamiento que el ris-ras seco de las hoces.

El sol, próximo á su cenit, no es ya rojo; blanco es. Como un diamante colosal tiembla bajo lo azul. Sus rayos descienden perpendiculares privando hasta de su propia sombra á los braceros, recortando sus imágenes escuetamente, ferozmente, tal que dibujadas á hachazos.

Dos nuevas figuras se abocetan al pie de la montaña, en el sendero que conduce al cortijo. La una es un jumento. Va despacio, volviendo al cortijo la cabeza, sacudiendo las orejas, en protesta de que le hagan ir monte abajo á tal hora y con sol tan duro. "Sólo á criaturas humanas se les ocurren estos disparates — debe pensar el burro. — Lo malo no es que á ellas se les ocurran — debe seguir pensando—lo malo es que se les ocurra obligarme á mí á acompañarlas.

La otra figura es de mujer. Cubre su cabeza ancho sombrero de palma. Marcha junto al pollino, aguijándole con una vara, forzándole á acelerar el paso; precediéndole muchas veces con andar gracioso y moceril.

Hacia donde están los segadores dirige su camino. Los segadores no la ven. Vueltos de espalda á ella,

continúan esgrimiendo las hoces, recogiendo con los dorsos de las izquierdas manos el sudor que chorean sus frentes y arrojándolo contra los surcos, mientras humean sus cogotes y espaldas como si los hombres estuvieran cociéndose por dentro, rellenas las entrañas de lumbre.

—¡Eh!—grita la mujer llegándose junto á los braceros—¿Os habéis quedao ciegos, ó le habéis tomao cariño á la mies?... ¿No veis que son las doce?...

Respondiendo á su dicho, doce campanadas sueñan en el reloj del Carmen. A la primera campanada arrojan los segadores su hoz, enderezan los cuerpos y respiran á pulmón pleno, encarándose con la hembra que les llama.

Es María, la hija de Juanón, el aperador. Manuel sonríe al verla. Ella devuelve la sonrisa con un mirar serio y apasionado de sus ojos sombríos.

—Toda la gente anda ocupá en el cortijo—exclama.—Si no me acuerdo os quedáis peristan. Gracias que me acordé. Aquí están los avíos: Las hogazas tiernas; el agua y el vinagre hechos purita nieve; el aceite como pa que sobre chorrá; la sal...

—La sal no faltará nunca haciendo tú el gazpacho.

—Gracias, Curro. Y déjate de cumplimientos y á aviar el gazpacho á la sombra de aquellos árboles. Hay allí cuatro higueras juntas; bajo ellas cabe solamente un ejército de soldaos. ¡Conque hala! Supongo que no faltará ninguno al toque—añade María, riendo á carcajadas.

Uno falta. Perico, el más pequeño de la banda; un niño de diez años. ¿Dónde está?

Caído entre las espigas, inmóvil, con los puños cerrados, la faz roja, los ojos en blanco, la boca entreabierta y las venas del cuello negras, abultadas, tirantes.

—¡Es el sol, el sol perro que lo ha tumbao!—grita María cogiendo al niño entre sus brazos y corriendo con él hacia el inmediato bosquecillo.

—No es el sol. Son los hombres—murmura Manuel bruscamente, siguiendo á María con un cantarillo de agua en alto.

Los demás hombres les siguen también, mascullando blasfemias, levantando los puños, amenazando á algo, á alguien cuyo nombre no osan pronunciar.

—¡No es nada! No es nada—dice alegremente María—¡Ya respira el mocosol! ¡Ahí te va más agua, galán!—repite, rociando con la del cantaruelo el amoratado rostro del chico.—¡No vale morirse, que estoy yo aquí y el gazpacho á tres cuartas!... ¡Buen susto nos has daol! Gracias que acudimos á tiempo. Debía hacer segundos que diste en tierra con el ahogo. ¡Ánimo, monín! ¡Bebe un traguete de agua!...

María sostiene la cabecilla morena del rapaz y le obliga á beber. Por sus mejillas corren lágrimas.

—¡Qué buena eres!—dice por lo bajo Manuel.

—Mejor será el gazpacho; voy por él, que lo traigo en el burro. Tú, criatura, tumbate aquí, á la sombra. Luego que te refresques, poquito á poco y encima del animal, tiras pa el cortijo. Hoy se acabó el trabajo pa tí.

María echa á correr, y corriendo torna con el burro.

— ¡Ea!—grita.— ¡A meter mano á las hogazas! ¡A partir los sopones! El majao lo traigo hecho. ¡Arriba el cazolón, Manuel! ¡Mano á las cucharas, compares! La primer cuchará es la de Periquín. Pan no hay que darle; pero el caldo le vendrá de perilla.

Comen los hombres en silencio, espaciando las cucharadas, recreándose en la agriez refrescante del caldo, mascando y remascando los sopones jugosos, recogiendo con las cucharas el moje de tomate y pepino que, hecho pasta roja, llena el fondo del cazolón. De cucharada á cucharada hacen pausas que llenan con alentares anchos, con tragos del airecillo que va y viene por entre la sombra, bajo las higueras copudas.

El cazolón vuelve á llenarse; esta vez con caldo no más. De mano en mano pasa. Los segadores lo vacían sin prisa, á sorbos lentos, como si quisieran prolongar aquel agrio rocío que da frescura á sus entrañas.

— ¡Sansacabó! —dice María, recogiendo los cachivaches.— Tú, Manuel, ayúame á poner esto en las alforjas. Tú, Periquín, al burro, y aprisita con él. Ahí te va mi vara pa aguijarle y mi sombrerote pa que te chunguees del sol. Yo me tocaré con el pañuelo. Buena siesta, señores.

Los jornaleros despiden á María con los ojos medio entornados, rechupando perezosamente los pitillos, buscando bajo las higueras un acomodo á su dormir.

— Cuando se duerman tós—suspira María en el oído de Manuel, mientras carga éste los cachivaches en el burro—vete pa el huerto de la ruina. Allí te

espero. Hemos de hablar. El muchacho seguirá con la bestia al cortijo.

Llaman el huerto de la ruina á una finquilla abandonada que se alza tras de las higueras, en una especie de barranco abierto sobre la llanura. De la casa sólo resta en pie un paredón; la cerca se desportilla por cuatro ó cinco sitios, dejando libre el paso. Según que fué desplomándose la obra humana, fué ganando en hermosura y majestad la obra de la naturaleza.

Un jardinillo rodeaba la casa cuando ésta era habitación de hombres; planteles de rosas, de clavellinas, de alhelies, de margaritas y jacintos se criaban allí; pero se criaban apartados los unos de los otros, en parcelas minúsculas. El abandono de los hombres dió libertad á los vegetales prisioneros. Buscáronse como amantes después de una separación, locamente, enlazándose, apretujándose los unos con los otros, desparramando, de un extremo á otro de la cerca, el mar de sus hojas, la multicolor paleta de sus flores; elevándose á alturas nunca conseguidas por ellos; construyendo pasadizos y camarines donde apenas penetraba la luz, donde no llegaban pupilas de curiosos. Tapizados y entechados eran pasadizos y camarines con tapices verdes, con guirnaldas fragantes de rosas y claveles, de alhelies y margaritas, de jacintos y dalias.

A uno de estos camarines condujo María á Manuel.

— ¿Por qué huyes de mí?—le dijo tristemente, haciéndole sentar á su lado sobre el tapiz de hierba.— ¿Qué te hice para que tan malamente me trates? An-

tes te acercabas á mí; me buscabas á todas horas, metías por estas orejas palabras de cariño. De pronto huyes. ¿Es que ya no me quieres?

—Temo quererte demasiado: temo que no me quieras como necesito ser querido, cuando quiero, cuando quiera, como he estado á punto de quererte.

—¿Qué dices ahí, Manuel?

—La verdad. Lo tuyo, María, no pasa de capricho, de entretenimiento de moza que comienza á vivir y gusta los requebreres de los hombres.

—¡Manuel!...

—Tú eres joven, diez y ocho años; una criatura para mí, que cumpliré pronto los cuarenta. Porque me oiste requebrar unas miajas más galán que los otros, pusiste en mí esos ojazos negros. Con ellos verás muy pronto mi vejez y buscarás palabras nuevas, palabras de mozos de veinte años, que estarán peor dichas, peor sentidas que las mías; pero siempre tendrán, lo que las mías dejarán de tener muy pronto, sones de juventud. Por eso me alejo, por eso huyo de tí. No soy ningún tonto. Ello sucederá. Más vale cortar este querer en su nacimiento, antes que eche raíces y tenga que arrancarlas y, al arrancarlas, me lleve tras de las raíces tiras del corazón.

María escucha silenciosa las frases de Manuel, puestos en él los ojos, fruncida la boca, el alto pecho palpitante.

—¿En su nacimiento, dijiste?—responde apartando los ojos del varón, poniéndolos en tierra, llenándosele de carmín las oscuras mejillas.—¡En su nacimiento!... Hace tiempo, más tiempo del que tú ima-

ginas, que el querer mío echó raíces. Aun no contaba yo doce años.

—¿Qué?

—Fué un día—murmura ella, aumentando en rübores y en premuras del alentar.—Fué un día, hablo mal, una noche, en que andaba con otras chicuelas por junto del teatro. Había mitin esa noche. Era cuando los trabajadores formaban sociedad.

—Mucho hace.

—Mucho. Tenía yo doce años. “¿Vamos á entrar?, dijo una de nosotras; oiremos hablar á los hombres y tendremos pa rir.” Entramos. Había mucha gente... De puro niñas que éramos, y como por gracia, nos dejaron pasar delante. Estabas tú hablando. Hablabas de cosas que no entendía entonces; apenas si ahora las entiendo del todo. Hablabas de justicia, de un mundo nuevo donde seríamos hermanos, donde no habría más religión que la del amor. Hablabas, no sé cómo decirlo, pero tus palabras se entraban en los corazones. La gente gritaba y aplaudía; yo también aplaudí; también se me entraron en el corazón tus palabras y tú entero con ellas. Cuando llegué á mi casa; cuando, metidita en la cama, dí un soplo á la luz, te me apareciste hablando como en el teatro. Te veía mismamente que allí y oía los aplausos y escuchaba las voces. Al dormirme soñé contigo. Al despertar, dentro de mí seguías. ¿Ves si hace tiempo que te quiero!...

— ¡María!... ¡María!—murmuró Manuel, oprimiendo dulce, paternalmente casi, las manos de ella entre las de él.—¿Es cierto que me quisiste, que me sigues queriendo así?

—Más que entonces; porque ahora soy mujer; porque ahora comprendo mejor lo que hablabas entonces; porque sé lo que eres pa mí; porque tal como eres te veo, con más valimiento, con más hombría que los otros. Ahí tienes. ¿Dudas aún de cómo te quiero? ¿Crees que los mozos pueden apartarme de tí? ¡No seas tontaina! Si no te pareces á los otros hombres, tampoco me parezco yo á las otras mujeres.

—¿Pero es verdad que así sientes, María!—gritó el hombre en voz baja.—Entonces serías para mí la compañera, la que se halla una vez, una sola, en la vida. Entonces este corazón mío podría ser dichoso, como pensaba serlo después de conocerte, de hablarte; antes que la duda y el temor me hicieran alejar de tí...

María no dió respuesta con la voz. Sus grandes ojos se pusieron en los de Manuel muy abiertos, como si quisieran mostrarle entero, por tan hermosísimos cristales, el fondo de su espíritu.

Manuel, silencioso, confuso, con manos temblantes, de anciano ó de chiquillo, atrajo á él á María. Estuvo cerca el beso. Al ir á darlo, Manuel soltó á la joven, se puso bruscamente en pie y suspiró, con entonación dolorosa:

—No. No es posible. Lo de entonces, como lo de ahora, fué sueño de chiquilla; deslumbramiento, capricho, ¡qué sé yo! Yo te querría seriamente, poniendo en mi querer todas mis energías de hombre. Fuera horrible que tras ponerlas, me burlaras, no por tu culpa, por la mía, que no comprendí la verdad, que no ví clara la distancia entre tu juventud

que empieza y mi juventud que concluye. ¡Creerte ahora, tomar en serio tu querer!... ¡Y luego, dentro de unos días acaso, lo natural, lo inevitable!... No, María, no. Separémonos para siempre. Sé feliz. Yo procuraré serlo.

—¿Dudas aún?

—Algo peor. No creo.

—¿Que no crees en mi cariño? ¡Aguarda, aguarda!—sollozó María, asiéndose de Manuel, dispuesto á marchar.—¡Necesito que tú me creas! ¡Mi alegría se va contigo, si te vas! ¿Qué haría para que me creyese?

Hubo una pausa en la que Manuel bajó los ojos, mientras ella dirigía los suyos á la bóveda tapizada con flores, pidiéndole una idea, una prueba decisiva para convencer al amado. Sus ojos relumbraron al fin; su boca se contrajo, sus mejillas se cubrieron de palidez, su cuerpo retembló.

—Oye, Manuel—dijo gravemente.—¿Me tienes por honrada?

—Sí.

—¿Crees que una mujer honrada sólo se da á un hombre, cuando le quiere de verdad, cuando está dispuesta á ser suya para toda la vida?

—Sí.

—Tómame.

Y cayó en brazos del varón; y fué suya bajo la bóveda de flores por donde se cernía el sol, consagrando la nupcia, dorando con el incienso de su luz aquellos dos cuerpos que se desplomaron lentamente, calladamente, contra el verde tapiz.